

Comentarios del autor

LA HISTORIA, EL GÉNERO Y EL EQUIPO

Hay procesos irreversibles, caminos sin retorno, viajes sólo de ida. *La piel que habito* narra la historia de uno de estos procesos. La protagonista recorre involuntariamente uno de esos caminos, es obligada violentamente a emprender un viaje del que no puede regresar. Su kaffkiana historia corresponde al dictado de una condena cuyo jurado está compuesto por una sola persona: su peor enemigo. El veredicto, por lo tanto, no es sino una forma de venganza extrema.

La piel que habito narra la historia de esa venganza.

Las primeras imágenes de la película muestran una mansión rodeada de árboles, un lugar idílico. Se llama «El Cigarral» y está protegido por una muralla y una alta puerta con rejas. A través de una de las ventanas de la mansión, también enrejada, vislumbramos una figura femenina en movimiento. Una vez dentro de la habitación, la mujer parece estar desnuda mientras ejecuta unas complicadas posturas de yoga. En los planos cortos descubrimos que no está desnuda sino totalmente cubierta por un *body* color carne, pegado al cuerpo como una segunda piel. En la cocina, Marília, el ama de llaves, le prepara el desayuno que después le envía en un torno que se abre directamente en el interior de la habitación.

Desde el principio El Cigarral se muestra como una cárcel en medio de la naturaleza. Un lugar aislado e inaccesible a la mirada exterior. Las primeras acciones que nos muestran a Vera, la mujer cautiva

concentrada en sus posturas de yoga, y a Marilia, su carcelera, resultan extrañamente cotidianas, exentas de tensión. Pero no siempre la vida en El Cigarral fue tan apacible.

En los seis años de reclusión obligada, Vera ha perdido, entre otros, el miembro más extenso del cuerpo humano, la piel. Literalmente se ha dejado la piel en el camino.

La piel es la frontera que nos separa de los demás, determina la raza a la que pertenecemos, refleja nuestras emociones y nuestras raíces, ya sean biológicas o geográficas. Muchas veces refleja los estados del alma, pero la piel no es el alma. Aunque Vera haya cambiado de piel, no ha perdido su identidad. (La identidad y su invulnerabilidad es otro de los temas de la película.) ¡De todos modos, la pérdida de la propia piel es atroz! Ésta es sólo una de tantas pérdidas que sitúan a Vera al borde de la muerte, por voluntad propia o en el quirófano, a manos del doctor Ledgard. Pero ella es una superviviente nata y, después de muchas vicisitudes, decide que «debe aprender a vivir dentro de la piel que habita», aunque sea una piel impuesta por el doctor Ledgard. Una vez aceptada su segunda piel, Vera toma la segunda decisión más importante para sobrevivir: saber esperar.

Elias Canetti, en sus notas sobre «El enemigo de la muerte» (un título que define muy bien la actitud de Vera frente a la vida) del *Libro de los muertos*, escribe: «... el ininterrumpido ir y venir del tigre ante los barrotes de su jaula para que no se le escape el único y brevísimo instante de la salvación».

Curiosamente, ese breve instante al que alude Canetti le llega a Vera en forma de tigre; mejor dicho, de hombre disfrazado de tigre.

Un día de Carnaval, un hombre disfrazado de tigre se las ingenia para llegar hasta la puerta herméticamente cerrada de la habitación donde Vera vive cautiva. Este hecho rompe el *impasse* en el que viven los tres personajes que habitan El Cigarral. Paradójicamente a los usos del Carnaval, éste es el momento en que los personajes se despojan de sus máscaras y la tragedia final proyecta su negra sombra sin que ninguno de ellos pueda hacer nada para evitarla.

Una historia de estas características me hacía pensar en Luis Buñuel, Alfred Hitchcock, todos los Fritz Lang (desde el gótico al *noir*). Pensé también en la estética *pop* del terror de la Hammer, o en el más

psicodélico y *kitsch* del *giallo* italiano (Dario Argento, Mario Bava, Umberto Lenzi, Lucio Fulci...) y por supuesto en el lirismo de Georges Franju en *Los ojos sin rostro*. Después de valorar todas estas referencias, me di cuenta de que ninguna se ajustaba a lo que yo necesitaba para *La piel que habito*. Durante unos meses pensé seriamente hacer una película muda, en blanco y negro, con letreros donde aparecieran las descripciones y los diálogos. Y rendir tributo a Fritz Lang y a Murnau. Después de dudarle durante meses, decidí tomar mi propio camino y dejarme arrastrar por la intuición, al fin y al cabo es lo que siempre he hecho, sin la sombra de los maestros del género (entre otras razones porque no sé a qué género pertenece esta película) y renunciando a mi propia memoria cinematográfica. Sólo sabía que debía imponer una narración austera, exenta de retórica visual y nada *gore*, aunque en las elipsis que no vemos se haya derramado mucha sangre. No es la primera vez que parto de esta premisa antes de rodar, pero creo que *La piel que habito* es donde más me he acercado a ella.

Me han acompañado en esta travesía José Luis Alcaine, el director de fotografía, al que no le expliqué lo que quería sino lo que no quería, y él ha sabido proporcionar a la foto la densidad, el brillo y la oscuridad que más le convenían. El músico Alberto Iglesias, el único artista que conozco sin ego, incansable, versátil, paciente, capaz de buscar en una dirección para después buscar en la dirección opuesta si yo no estoy satisfecho, siempre supeditado al dictado de la historia y de mi modo de sentirla. Y unos actores generosos y precisos, a pesar de la incomodidad evidente de algunas de sus escenas. Los nombro a todos: Antonio Banderas, Elena Anaya, Marisa Paredes, Jan Cornet, Roberto Álamo, Blanca Suárez, Eduard Fernández, Susi Sánchez, Bárbara Lennie y José Luis Gómez.

LA MADRE ENSANGRENTADA

Mientras retira de la cama las sábanas empapadas en sangre, empapándose ella misma de la sangre que en algún momento fue suya, la sangre de su hijo Zeca, Marilia le explica a Vera que en su juven-

tud engendró a dos hijos de dos padres distintos, pero que los dos nacieron locos. («Llevo la locura en las entrañas», confiesa.)

Locos, monstruosos y feroces, los dos hijos de Marília vivieron y actuaron como unos desalmados y, al final de sus vidas, sus destinos paralelos les llevaron a encallarse contra el oscuro callejón sin salida que era el nuevo sexo de Vera. Un final idéntico para dos trayectorias tan diversas como las vidas del doctor Ledgard y Zeca, el bandido disfrazado de tigre.

Aunque tuvieran la misma madre, Robert Ledgard fue el niño rico y Zeca el hijo pobre. Zeca era todavía un niño cuando empezó a correr por las intrincadas calles de las favelas, transportando drogas y pistolas. Robert, sin embargo, experimentaba en un rincón umbrío del jardín con todos los animales que tenía a su alcance: sapos, conejos, mariposas, larvas. De los animales pasó en un tiempo récord a las personas y, muy joven, fue un cirujano plástico de renombre en un país como Brasil, pionero en la materia.

Marília permaneció siempre con Robert. Zeca pertenecía a la calle, ella sólo le parió, pero fue la calle quien le acogió en su seno.

Después de que Gal, la mujer de Robert, muriera de una forma lenta (el cuerpo entero quemado en un accidente de coche) y a la vez fulminante (cuando se arrojó por la ventana, al contemplar en el cristal su cuerpo deforme y arrugado), Marília se vino con Robert y con su hija Norma a España, donde el cirujano plástico se estableció y continuó su exitosa carrera, alternando la cirugía con la investigación sobre el cultivo de una nueva piel que hubiera podido salvar a su mujer.

Durante la escritura del guión, mientras veía crecer estos personajes tan amorales, decidí que Marília y sus dos hijos debían proceder de un país lejano, cuya cultura no estuviera basada en el complejo de culpa ni de pecado, en definitiva, un lugar donde no hubieran recibido una educación judeocristiana. Por esa razón escogí Brasil.

Marília es una madre sin escrúpulos (ninguno de los tres los tiene) y, al estilo lorquiano, una madre trágica. Marisa Paredes es la actriz perfecta para encarnarla. En su extraordinario monólogo ante la hoguera, cuando la sangre del hijo muerto hierve entre las llamas como cuando estaba vivo, Marisa respira (¡y cómo!) el aliento trágico que la historia de su familia necesita.